

Jesús y la política de su tiempo

José Luis Sicre

Antecedentes Históricos

Para comprender el momento histórico-político en el que actúa Jesús es preciso remontarse al siglo II a. C., cuando estalla la rebelión de los Macabeos. Esto nos permitirá comprender mejor los dos grandes fenómenos del tiempo de Jesús: las luchas de partidos y las rebeliones contra Roma.

Judá, que había perdido su independencia política el año 586, no volvió a recobrarla por mucho tiempo: del dominio babilonio se pasó al persa, luego al griego (Tolomeos y Seléucidas). El pueblo llegó a acostumbrarse a estar dominado, y no sabemos que se rebelase contra estos imperios. Pero la situación cambió casi a mediados del siglo II a. C., cuando las medidas de Antíoco IV Epifanes resultaron insoportables. No nos detendremos ahora en ellas (despojo de los tesoros, saqueo de Jerusalén, matanzas, prohibición de la religión oficial, erección de santuarios paganos, introducción en el templo del culto a Zeus Olímpico). Lo importante es que el pueblo se divide en tres grandes grupos:

- a) El primero está formado por los partidarios de la cultura helenística, que ven con buenos ojos las reformas del rey. Pertenecen generalmente a la clase alta y a la aristocracia sacerdotal.

- b) El segundo está formado por los enemigos de la helenización, defensores acérrimos de las tradiciones patrias y de la observancia de la ley. Es el grupo de los «piadosos» (*jasidim*), al que se unen los Macabeos. Representan el elemento popular.
- c) En tercer lugar encontramos a la mayoría del pueblo, que no observa una postura homogénea. A veces se somete por miedo a los dominadores y a la clase alta; pero sus preferencias se orientan sin duda hacia los revolucionarios.

El segundo grupo, que será el de más influjo en el futuro, no es tan homogéneo como podría parecer. Al principio los une a todos la defensa de la libertad religiosa y la esperanza de un pronto cambio de la situación. Pero incluso en este punto se dan diferencias entre ellos. Mientras un sector defiende la postura militarista, revolucionaria, según la cual el Reino de Dios hay que comenzar a implantarlo por las armas (Macabeos), otros piensan que la solución no está en la fuerza armada, sino en una intervención maravillosa de Dios, que acabará rápidamente con todos los imperios opresores, instaurando su reino sin intervención humana (libro de Daniel). En la hora presente no se trata de luchar, sino de sufrir y aguantar con esperanza.

La línea que se impone es la militarista, que atrae a la mayoría de los miembros. Pero esto no dará al grupo una cohesión muy duradera. Y el motivo de la discordia será el siguiente: ¿Cuáles son los fines de la revolución? Para muchos, la libertad religiosa. Y ésta se consigue relativamente pronto, en tiempos de Judas Macabeo. Pero los Macabeos han saboreado el placer de dominar, y no están dispuestos a contentarse sólo con la libertad religiosa. En un segundo paso, sitúan como meta de la revolución la independencia política. Más tarde, la expansión territorial. Con ello caen en el ansia de poder y de riqueza, y practican la misma conducta imperialista de sus dominadores: obligan a los pueblos sometidos a circuncidarse o emigrar.

Todo esto provoca la escisión del movimiento: los fariseos se oponen a los Asmoneos (sucesores de los Macabeos), mientras los saduceos (nobleza y militar sacerdotal) los apoyan. Pero lo más grave no es la simple división, sino la casi guerra civil que va a dominar Judá durante muchos años. Muy significativo a este respecto es el reinado de Alejandro Janneo (103-76 a.C.), que debe enfrentarse con diversas revueltas populares fomentadas por los fariseos. Como consecuencia de ellas, en un primer momento mueren 6.000 judíos (BJ I, 88-89), a los

que siguieron otros 50.000 en seis años (BJ I, 91), para terminar con el mayor acto de crueldad: después de conquistar la ciudad de Bemeselis, a los supervivientes los llevó prisioneros a Jerusalén y crucificó a 800 de ellos, «mientras miraba el espectáculo bebiendo y recostado entre sus concubinas» (BJ I, 96 s.). Como consecuencia de esto, 8.000 rebeldes (fariseos) huyeron la noche siguiente de Judea (BJ I, 98).

El año 76, cuando sube al trono Alejandra, cambia radicalmente la situación. Esta mujer, piadosa en extremo, se deja dirigir por los fariseos y permite que éstos se venguen cruelmente de sus anteriores perseguidores, los saduceos, «matando a quien querían» (BJ I, 113).

Esta situación insostenible, que se prolongará con las luchas por el poder entre Hircano y Artístóbulo II, terminará provocando la intervención de Roma, a petición de los contendientes.

Antes de seguir adelante, una cosa es obvia. Se ha confirmado la famosa frase de Büchner en *La muerte de Danton*: «La revolución es como Saturno, que devora a sus propios hijos». Antíoco IV Epifanes no causó probablemente tantas muertes como las que provocaron las disensiones dentro del movimiento revolucionario, que trajeron, además, un nuevo dominador, Roma.

La época de sometimiento a Roma

Los cien años que transcurren desde la conquista de Palestina por Pompeyo hasta la muerte de Jesús se verán marcados por esta doble problemática: las disensiones internas y las rebeliones contra Roma. En muchos casos se condicionan mutuamente.

No voy a trazar la historia de este período, demasiado complicada e imposible de resumir en pocas líneas. Sólo deseo subrayar el clima de tensión política en el que se va a desarrollar la infancia y la vida pública de Jesús.

Las tensiones en Galilea durante el reinado de Herodes

Para comprenderlo, conviene prestar especial atención a Galilea, lugar donde creció, y donde el ambiente revolucionario se palpaba con especial fuerza. Ya Herodes (37-4 a.C.) había realizado una dura campaña contra esta zona, atacando Séforis y Arbela, donde se refugiaban los rebeldes (BJ I, 303-16). Esto no impidió que poco más

tarde sus enemigos galileos ahogasen en el lago de Genesaret a sus partidarios más notables (I, 326). Pero, si atendemos al testimonio de Flavio Josefo, la rebelión de Galilea no traía sólo malas consecuencias para Herodes, sino también para los habitantes de aquella región, a los que los rebeldes infligían «daños no menores que una guerra» (I 304). Es posible que Flavio Josefo, enemigo declarado de los rebeldes, exagere en este punto. Pero el dato puede ser cierto, como lo demuestran otros muchos casos de la historia reciente.

Estos datos, aunque anteriores al nacimiento de Jesús, sirven para comprender que éste crecerá en un ambiente tremendamente tenso y politizado. Además, su juventud no es más tranquila en este sentido. Precisamente la muerte de Herodes (4 a.C.) y la subida al trono de Arquelao provocarán nuevos disturbios en todo el territorio. En un primer momento, la gente se limita a hacer peticiones al nuevo rey: disminución de las tasas, abolición de los impuestos, liberación de los prisioneros, castigo de los favoritos de Herodes (BJ II 4-7).

Revuelta con motivo de la subida al trono de Arquelao (4 a. C.)

Muy pronto, mientras Arquelao se encuentra en Roma, de las peticiones se pasa a las armas. El día de Pentecostés se produce una revuelta en Jerusalén (II 39-54), que debió de causar muchos muertos, aunque no conocemos el número. Al mismo tiempo, en diversas regiones surgen jefes de guerrillas que pretenden la dignidad regia, mesiánica, e intentan liberar al pueblo del yugo romano: Simón en Perea, Athronges en Judea y Judas en Galilea. La acción de este último resulta especialmente curiosa, porque asalta un arsenal real en Séforis para armar a sus partidarios. Las represalias no tardaron. En Jerusalén fueron crucificados 2.000 judíos; Séforis fue incendiada y sus habitantes esclavizados. Si tenemos en cuenta que Séforis se hallaba a 5 kms. de Nazaret, comprendemos que el recuerdo debía conservarse vivo durante la infancia de Jesús, que ya había nacido por aquellas fechas.

Revueltas en Galilea durante el mandato de Coponio (6-9 d. C.)

Además, Galilea seguía siendo un foco revolucionario. Durante el mandato del procurador Coponio (años 6-9 d. C.), cuando Jesús tenía unos doce años, Judas Galileo promovió una rebelión contra Roma con motivo del censo, pidiendo y obligando a sus paisanos a que pagasen

tributo al César, ya que no era posible a un judío reconocer a otro Señor más que a Dios.

Actitud provocadora de Pilato (26-36 d. C.)

Último dato para comprender la tensión política en tiempos de Jesús es la actitud de Pilato, procurador desde el año 26 al 36, hombre cruel, que parecía disfrutar irritando a los judíos. (Lc 13, 1) cuenta un hecho significativo, que no aparece en Josefo sobre Pilato (cf. BJ II 169-177). Según éste, Pilato comienza su actuación provocando a los Judíos: hizo traer a Jerusalén las enseñas de las tropas con las águilas romanas y la imagen del emperador. Ante la oposición de los judíos, tuvo que ceder. Más tarde surge el problema de las conducciones de agua; disuelve una manifestación mezclando entre la multitud a soldados armados con garrotes. Agripa lo describe como «inflexible de carácter, arbitrario y despiadado»; lo acusa de «venalidad, desafueros, robos, ultrajes y amenazas, de acumular las ejecuciones sin previo juicio, de crueldad salvaje e incesante» (cf. Filón, Leg 30-43 = & 299-305). Era amigo de Sejano, aunque consiguió mantenerse en el cargo después de la caída de éste. Depuesto el 36 por Vitelio y enviado a Roma, parece que se suicidó.

Posturas políticas en tiempos de Jesús

De todo lo anterior, una cosa resulta evidente. Un personaje con actuación pública, como Jesús, no podía dejar de manifestar su actitud política. Decir que «Jesús no se metió en política» es de un simplismo tremendo y supone un desconocimiento total de su época. Quisiera o no, hubo circunstancias en las que debía manifestar su postura.

Para comprenderlo mejor es necesario tener en cuenta las posturas de los diversos partidos y grupos de la época.

- a) Colaboracionismo: defiende la ocupación romana y se aprovechan de ella: saduceos, recaudadores de los impuestos.
- b) Evasión: postura representada por los esenios, que se retiran sobre todo a los alrededores del Mar Muerto, esperando allí, en el desierto, la venida del Reino de Dios. Sin embargo, esta imagen tan pacífica que ofrece de ellos Flavio Josefo quizá no concuerde con la realidad. Algunos intervinieron en revueltas posteriores (años 66-70).

- c) Resignación pasiva: pero que alienta ansias de independencia: los campesinos pobres.
- d) Aceptación crítica: Sería la postura de los fariseos, que no se vinculan a los romanos; más bien adoptan una postura crítica, pero sin provocar el enfrentamiento. Su punto de vista es religioso. La política en cuanto tal les resulta indiferente. Pero, cuando están en juego los valores religiosos, reaccionan con energía. Niegan el juramento al César (Ant XVII 41-45). Mandan tirar el águila de oro colocada por Herodes (esto provoca la muerte de dos fariseos y cuarenta jóvenes). Dentro de ellos hay una tendencia pacifista y otra más activista.
- e) La rebelión armada, representada fundamentalmente por dos grupos: los sicarios y los zelotas. En tiempos de Jesús sólo existen los primeros. Los zelotas entre los años 66-70. De los sicarios es interesante recordar qué hacen en Galilea, capitaneados por Judas, al que sucederán sus dos hijos y ¿su nieto? Menaje. Este grupo tiene una ideología y un programa característicos:

Sólo Dios es el único Señor. No se puede llamar «señor» al César, ni reconocerlo como tal pagando tributo. Esto supondría un pecado de idolatría.

Ya que no se puede aceptar señores terrenos, el pueblo de Dios debe vivir necesariamente en una situación de independencia y de libertad. Esta libertad hay que conseguirla mediante la acción revolucionaria (una especie de «guerra santa») dirigida sobre todo contra los judíos que no están dispuestos a aceptar esta orientación del partido y se someten a los romanos. Para ello utilizan la «sica» (una espada pequeña) de donde les viene el nombre de sicarios. Llevan a cabo asaltos y secuestros.

Su programa de justicia social es muy marcado y tiende a la supresión de la usura, eliminación del latifundismo y emancipación de los esclavos.

Este grupo ejerció según Josefo, gran influjo entre los jóvenes y los campesinos pobres. Josefo los designa habitualmente como «lestai» (ladrones), y los acusa de crueldad, injusticias, etc., cargando sobre ellos la catástrofe que sobrevino a Judá y Jerusalén en los años 70. Su visión es muy negativa. No eran bandoleros, sino «guerrilleros» o «partisanos», con un profundo espíritu de independencia.

Posturas que Jesús no comparte

¿Cuál de estas preguntas adoptó Jesús? ¿O adoptó una postura nueva, distinta de las anteriores?

Ni evasión ni colaboracionismo

Para muchos cristianos, Jesús habría prescindido de la política, practicando una especie de «evasión» semejante a la de los esenios. Pero esta actitud, posible en el desierto, era imposible en el contacto diario con el pueblo. De grado o por fuerza, debía decantarse en algún sentido. Por consiguiente, podemos eliminar tranquilamente esta teoría de la evasión.

También es claro que Jesús no fue un colaboracionista, ni utilizó una actitud de oportunismo crítico. La prueba más clara es que lo mataron los romanos.

Jesús y los sicarios

¿Fue entonces un sicario o, al menos, simpatizaba con este movimiento armado revolucionario? La pregunta no se formula generalmente en estos términos, sino ¿fue Jesús un zelota? Pero ya hemos visto que el partido zelota no existía en tiempos de Jesús. La única opción posible es : ¿fue Jesús un sicario? El simple hecho de que no llevase la sica bastaría para negarlo. Pero siempre queda la duda de que fuese, al menos, simpatizante de este grupo.

Antes de entrar en los argumentos a favor o en contra conviene recordar brevemente la historia de la investigación.

Ya Reimarus calificó a Jesús de «agitador político» en el siglo XVIII (*Los objetivos de Jesús y de sus discípulos*). Lo mismo piensa K. Kautsky en su obra *Los orígenes del cristianismo* (1908). Más tarde, en 1930, publica Robert Eisler su obra *Jesús, rey sin reino*, donde afirma que Jesús originó en Jerusalén una revuelta, siendo apresado y ejecutado por los romanos. En 1967 aparece la obra de S.G.F. Brandon, *Jesús y los zelotas*, donde lo presenta como un revolucionario político-social, crucificado como sedicioso. En los evangelios hay textos que acercan a Jesús y a los sicarios y textos que los distancian.

Puntos de contacto

□ La condena de muerte en la cruz, decidida por los romanos. Son ellos quienes tienen la responsabilidad jurídica, aunque la responsabilidad moral recaiga

sobre los judíos. Y la condena es, sin duda, como sedicioso; así lo demuestra el título de la cruz, relativo a sus pretensiones mesiánicas: «Rey de los judíos».

- ❑ La predicación del Reino, aunque esto no era exclusivo de los sicarios.
- ❑ Actitud crítica con respecto a Herodes (Lc 13,32) y el desprecio con que habla de los soberanos terrenos (Lc 22, 25).
- ❑ La atracción que ejerce sobre los sicarios, como lo demuestra el que uno de los discípulos viniese de ellos (Simón Cananeo) y probablemente Judas Iscariote (el «sicario»), Pedro Barjona («el terrorista», usa la espada), los hijos del Zebedeo (Mc 10, 35; Lc 9, 54). Esta atracción se muestra también en que los galileos desean proclamarlo rey (Jn 6, 15).
- ❑ Jesús, que critica a herodianos, saduceos, sacerdotes, fariseos, escribas, etc., nunca ataca a los sicarios directamente.
- ❑ Una frase de Jesús sobre la espada (Lc 22, 36).
- ❑ La purificación del templo y la entrada de Jerusalén.

Diferencias

- ❑ La predicación de la no-violencia (Mt 5, 39 ss.).
- ❑ El precepto de amar a los enemigos.
- ❑ Su universalismo (contra el nacionalismo sicario). Defiende a los samaritanos y paganos, trata con el centurión de Cafarnaúm.
- ❑ Orden de no usar la espada (Mt 26, 52), criticando la aparente utilidad de la violencia.
- ❑ Admite a un recaudador de impuestos (colaboracionista) en su grupo y los defiende públicamente.
- ❑ Considera la violencia sicaria como la gran tentación (Mt 4, 10; 11, 12; Mc 8, 27 ss; Lc 22, 49; Jn 10, 8-18).

Lo difícil es conjugar estas dos series de textos. Generalmente se elimina una de ellas, y entonces se convierte a Jesús en un defensor del orden establecido o en un revolucionario. La idea de fondo en ambos casos es que la actitud de Jesús debió de ser muy simple, unilateral, sin tener en cuenta que pudo ser compleja.

Conclusiones

□ Jesús no fue un sicario, ni por su ideología nacionalista ni por sus métodos violentos, ni por sus objetivos. Algunos, en línea más moderada, piensan que mostró especial interés por el programa de este grupo, y que lo vivenció como su gran atracción, aunque consiguiese superarla. Pero ni siquiera para esto tenemos datos.

□ Jesús actuó de una forma que se prestaba a malentendidos. Corrió el riesgo de que lo juzgasen un revolucionario político, de que su pretensión mesiánica la interpretasen nacionalistamente (entrada en Jerusalén; intento de nombrarlo rey, condena de muerte).

Jesús y los otros cabecillas revolucionarios

Flavio Josefo nos informa sobre los siguientes grupos rebeldes y jefes de bandas:

□ En Idumea, dos mil se pusieron de acuerdo y asaltaron a los soldados de Arquelao; no se dice si tenían un jefe.

□ En Séforis, un tal Judas reunió un pequeño ejército, se apoderó del arsenal real, armó a los suyos y se dedicó a asaltar a quienes le disputaban el poder. La rebelión terminó trágicamente. Meses más tarde, los romanos conquistaron Séforis, la incendiaron y convirtieron en esclavos a sus habitantes.

□ En Perea, un esclavo del rey, Simón, formó un grupo, se ciñó la diadema e incendió el palacio de Jericó y otras mansiones suntuosas. Al poco tiempo lo mataron los romanos.

□ Un pastor, Atronges, quiso ser rey y también se ciñó la diadema. Basaba sus pretensiones en tres cosas muy curiosas: en que era muy fuerte, en que no le tenía miedo a la muerte, y en que tenía cuatro hermanos tan brutos como él, cada uno al frente de una banda. Este grupo parece que fue el más peligroso. Su ilusión era matar romanos y partidarios del rey, pero tampoco los judíos se libraban. Su hazaña más famosa ocurrió en Emáus. Había allí un destacamento romano que llevaba grano y armas para la legión. Lo cercaron, mataron al centurión y a cuarenta soldados y se llevaron el botín. A este grupo de Atronges no consiguieron eliminarlo por completo. Arquelao, al volver a Roma, terminó pactando con los que quedaron vivos.

Esta gente va siempre matando, robando, apoderándose de armas. No hay parecido con la postura de Jesús.

La postura de Jesús

Con esto llegamos a la conclusión de que Jesús no practicó una postura de evasión, ni de colaboracionismo, ni de resignación pasiva, ni de rebelión armada. ¿Cuál fue entonces su postura?

Dos presupuestos fundamentales

Para comprenderla, debemos partir de dos presupuestos fundamentales.

Primero: la opresión política se enmarca en el contexto general de la opresión, que abarca niveles muy distintos: económico, político, social, religioso, personal. Es decir, hay cosas que oprimen a la persona desde fuera y cosas que la oprimen desde dentro (enfermedad, pecado). Leyendo los evangelios, tenemos la impresión de que Jesús lucha sobre todo contra la opresión religiosa (legalismo farisaico), contra la opresión social en sentido amplio (que distingue entre «buenos» y «malos» condenando a estos últimos). La opresión política parece no preocuparle de forma especial, aunque en diversas ocasiones deba huir y aunque sean los políticos —en sentido amplio— quienes lo condenen a muerte. Esta conciencia de que «lo político» no es lo absoluto ni lo más grave hace que Jesús se sitúe por encima de las luchas y rivalidades de partido, acogiendo a personas tan distintas como recaudadores y sicarios, y tratando, si es preciso, con los romanos.

Segundo presupuesto: Jesús no confía en el poder que es una tentación satánica, ni tampoco confía en quienes ostentan el poder, porque oprimen a sus súbditos y se hacen llamar bienhechores. Para Jesús sólo hay una fuerza capaz de cambiar el mundo: el amor, que se manifiesta en el servicio, no en el dominio, y que lleva a morir, no a matar. Al renunciar al poder y condenarlo, Jesús renuncia a entrar en el juego político, que es una lucha por el poder, confiando en su capacidad de cambiar el mundo.

Por eso Jesús no se vincula a los partidarios del orden establecido ni a los que quieren derrocarlo por sistema. Sólo llevaría a instaurar un nuevo tipo de poder, tan funesto a la larga como el anterior; el reciente caso de los Macabeos demostraría que llevaba razón.

Esta condena del poder representaba una provocación para quienes lo ostentaban. Por eso Jesús se ganó tantos enemigos entre la clase dirigente y lo mataron. Al mismo tiempo, provoca el rechazo y la desilusión entre los grupos extremistas y violentos (¿Judas?) e incluso entre los discípulos más politizados (caso de los Emaús).

El problema de fondo: ¿qué pretendía Jesús?

Todo lo anterior demuestra que, aunque Jesús no hiciese política en sentido estricto, mantuvo una postura tremendamente política y comprometida, que representaba una condena de las opciones vigentes en su tiempo. Pero Jesús no se limita a destruir y rechazar: ofrece algo nuevo.

Esa novedad sólo podemos entenderla comparando su mensaje con el de la apocalíptica. Para esta corriente, el mundo presente es esencialmente malo; no cabe esperar nada de él; la única esperanza se deposita en el mundo bueno futuro. Para Jesús, en cambio, aunque este mundo está viciado, es el lugar en el que se instaura el Reinado de Dios. Ese reinado que comienza en la comunidad cristiana, es una alternativa a las estructuras de este mundo, que sirve de fermento, como la levadura en la masa.

Apéndice

Hace bastante años, la revista *Razón y Fe* me pidió un artículo sobre el libro de Job. Contesté imaginando «Una entrevista con su autor» (ver nº 1.042, junio 1985). Desde entonces, he utilizado cada vez más el recurso de la ficción para presentar de manera asequible los resultados de la exégesis bíblica. Así han nacido los tres volúmenes de *El Cuadrante* (La búsqueda, La apuesta y El encuentro), que representan una introducción a los evangelios y al mundo de Jesús. El tema de la época de Jesús lo traté en el segundo volumen (*La apuesta*, 75-95), de donde entresaco las páginas relacionadas con Jesús y los revolucionarios. El protagonista de la historia, Andrónico, se reúne con su mujer (Lucila), su padre (Teófilo) y su hermana adoptiva (Livia) para comentar la *Guerra de los Judíos* de Flavio Josefo y su relación con los evangelios. En la reunión anterior, Teófilo ha imaginado cómo volvió José a Nazaret después de la revuelta ocurrida el día de Pascua en Jerusalén.

«— Aunque aquí no lo dice —comencé la siguiente reunión—, podemos pensar que José se curó bien de sus heridas y María fue feliz.

Lucila sonrió agradecida.

— Pero la felicidad le duró menos de dos meses. En la fiesta siguiente, la de Pentecostés, volvió a haber problemas. Sin embargo, hoy no vamos a hablar de eso, sino de los cabecillas rebeldes que surgieron por todas partes en ese momento. Así podremos compararlos con Jesús, para ver si se parecen o no.

— Hay dudas que ofenden, Andrónico. ¿Cómo vas a comparar a Jesús con unos rebeldes?

— No empieces, Lucila. Este tema es más importante de lo que te crees. Voy a dar la lista de los rebeldes, porque es muy fácil. En el libro se cuenta con mucho orden. Van a salir distintas regiones, pero no me preguntés dónde están, porque no lo sé.

Hice una breve pausa y comencé mi enumeración.

— En Idumea, dos mil se pusieron de acuerdo y asaltaron a los soldados de Arquelao; no se dice si tenían un jefe. En Galilea, en la famosa Séforis, la de la nevada, una tal Judas reunió un pequeño ejército, se apoderó del arsenal real, armó a los suyos y se dedicó a asaltar a quienes le disputaban el poder. Espero, para tranquilidad de Lucila, que José no se contase entre ellos. La rebelión terminó trágicamente. Meses más tarde, los romanos conquistaron Séforis, la incendiaron y convirtieron en esclavos a sus habitantes. ¿Te queda un poco de limonada? A mí también se me seca la boca.

— Lo siento se ha acabado.

— Seguro que para mi padre habría. Continúo. En Perea, un esclavo del rey, Simón que era muy guapo, formó un grupo, se ciñó la diadema e incendió el palacio de Jericó y otras mansiones suntuosas. Por lo visto, lo que más le gustaba era incendiar, debía ser un pirómano. Al poco tiempo se lo cargaron los romanos. Y hubo un pastor, Atronges, que quiso ser rey y también se ciñó la diadema. Basaba sus pretensiones en tres cosas muy curiosas: en que era muy fuerte, en que no le tenía miedo a la muerte, y en que tenía cuatro hermanos tan brutos como él, cada uno al frente de una banda. Les cuento en broma, pero este grupo parece que fue el más peligroso. Su ilusión era matar

romanos y partidarios del rey, pero tampoco los judíos se libraban. Su hazaña más famosa ocurrió en Emaús, un lugar desconocido.

Mi padre cayó en la trampa.

— Emaús deberías conocerla. La cita Lucas en su evangelio. Es a donde se dirigían los discípulos a los que se les apareció Jesús.

— Exactamente. Y se encuentra a sesenta estadios de Jerusalén. Eso no lo dice aquí, pero lo dice Lucas. ¡Has picado, padre! Me sé su evangelio de memoria. (Era mentira. Lo había consultado esa misma tarde).

— Deja de tonterías -nos cortó Livia-. ¿Qué pasó en Emaús?

— Había allí un destacamento romano que llevaba grano y armas para la legión. Lo cercaron, mataron al centurión y a cuarenta soldados y se llevaron el botín. A este grupo de Atronges no consiguieron eliminarlo por completo. Arquelao, al volver de Roma, terminó pactando con los que quedaron vivos.

Di por terminada la exposición y me quedé mirándolos.

— ¿Qué semejanzas y diferencias encontrarás entre Jesús y estos personajes?

— Yo no veo que se parezcan en nada -saltó Lucila-. Toda esa gente va siempre matando, robando, apoderándose de armas. ¿Dónde has visto eso en los evangelios?

— Lucas cuenta que los discípulos tenían dos espadas. (El comentario no fue mío, te lo aseguro. Fue de mi padre, que también disfruta tirándole de la lengua a Lucila).

— ¿Dónde cuenta eso?

— Casi al final del evangelio, cuando terminaron de celebrar la cena de despedida.

— ¿Y qué son dos espadas? ¡Cómo para rebelarse contra los romanos con dos espadas! Parecen tontos. Serían dos machetes, que siempre vienen bien cuando se va por el campo.

Livia habló tan irritada como Lucila.

— Ustedes, los hombres siempre están viendo rebeliones por todas partes. Pues en el grupo de Jesús iban mujeres. ¿No dice eso también Lucas? Me lo han leído montones de veces, Teófilo. Y cuando uno quiere organizar una rebelión no se hace acompañar por mujeres.

Depende de las mujeres, pensé, pero me guardé mucho de decirlo en voz alta.

— Y otra cosa -añadió Lucila-. Éso que ha citado Andrónico, en cuanto podían se ceñían la diadema. ¿Cuándo se ciñó Jesús una diadema?

— Mi padre y yo no pudimos contener la risa.

— No se puede discutir con ustedes, enseguida se apasionan.

— Es que no hay derecho. Leen cuatro historias, y se enteran de que los galileos son muy rebeldes, y ya está: Jesús fue un revolucionario. Solo falta decir que hicieron muy bien en matarlo.

— Eso es lo que dicen los judíos.

— Porque los fariseos los están engañando. Y no hablen mal de los judíos, que no me gusta.

— Es que no tiene sentido -insistió Lucila-. ¿Cómo van a comparar con esos cabecillas a una persona que no hace más que el bien, que se dedica a curar enfermos, que bendice a los niños?

— Y que entró en Jerusalén montado en mula, mientras todos lo aclamaban como rey de Israel.

— ¿Y él qué culpa tenía de lo que grita la gente?

— Podía haberlo impedido, igual que mandó callar a Pedro cuando dijo algo que no le gustó.

— No es lo mismo. Yo puedo callarte a ti, pero no puedo callar a media Tróade.

— Pues que hubiese entrado a pie, en vez de hacerlo en una mula.

— La voz de Livia sonó de repente serena, en contraste con la excitada de Lucila.

— Jesús no podía entrar a pie, tenía que entrar en mula.

Nos extrañó la seguridad con que lo dijo.

— ¿Por qué?

— Para que se cumpla una profecía de Zacarías. Eso me lo explicó mi padre cuando yo era pequeña. Los judíos esperaban que el rey salvador entrase a Jerusalén cabalgando en una mula. Jesús tenía que cumplir esa profecía.

— De todos modos -objeté-, eso confirma mi teoría. Jesús lleva a cabo un acto político. Se presenta ante el pueblo como rey de Israel.

— Mi padre comenzó a dejarme solo.

— En este caso, lo importante no es lo que piensa el pueblo o los romanos, sino lo que piensa Jesús. La gente podía verlo como una acción meramente política, un acto revolucionario, y Jesús podía darle un sentido muy distinto.

— Pero no lo dijo claramente.

— Tampoco era el momento de aclarar muchas cosas. Pero nosotros lo tenemos claro.

— Si estuviese tan claro no estaríamos discutiendo.

— Aquí el único que discutes eres tú -me atajó Lucila-. Pero lo que han dicho Livia y tu padre, yo ya tengo las ideas muy claras: que Jesús era el rey de Israel anunciado por los profetas, que tenía que demostrarlo, y por eso entró montado en una mula, pero que no era un rey como otro cualquiera. Y, desde luego, que no se parecía en nada a esos revolucionarios.

— Pero lo mataron igual que a esos otros.

— Los romanos no se andan con distinciones, ya lo sabes. Lo importante no es lo que piensa Pilato de Jesús, sino lo que piensas tú. ¿Para ti es un rebelde?

— Jesús se rebelaba contra muchas cosas.

— No te vayas por las ramas. Me refiero a si lo consideras un rebelde político contra Roma.

— Eso, no.

— Pues ya está todo claro.

No quise insistir, es difícil luchar solo contra tres personas.

Como iba siendo habitual, la charla continuaba con Lucila cuando nos acostábamos. Generalmente era ella quien empezaba, con un toque más personal que en las reuniones.

— Hay veces que no entiendo, Andrónico. Esta noche parecías empeñado en demostrar que Jesús era un revolucionario. Y lo que me da más coraje es que no hay nadie menos revolucionario que tú. Aunque en Roma hubiera cuatro guerras civiles, seguirían leyendo tus libros tan tranquilo. Más rebeldes somos Livia y yo. Incluso tu padre.

— Es cierto -reconocí humildemente-.

— Si hubieran vivido en tiempos de Jesús, y él hubiera sido un rebelde, como tú dices, seguro que no lo habrías seguido.

— Tú, seguro que sí.

— A mí, por lo menos, su rebeldía no me habría echado atrás. Otras cosas, quizá.

— ¿Qué cosas?

— No sé. Prefiero no pensarlo. Me da miedo.



Los dos caímos en la cuenta de estar tratando un tema demasiado serio.

— ¿Tú crees que ahora es más fácil seguir a Jesús que antes? Más fácil que cuando él vivía, quiero decir.

Lucila meditó su respuesta.

— A veces pienso que sí, que nuestra vida es mucho más cómoda que la de los discípulos. Me refiero a nosotros, Andrónico. No estoy pensando en Flora, ni en Jacinta, ni en la mayoría de la gente de la comunidad. Pero nosotros vivimos demasiado bien.

— Sin embargo, si fuese preciso, estaríamos dispuestos a dar la vida por el Señor.

No sé lo dije para justificarme, tranquilizarme, o porque lo pensaba de veras. Lucila se estrechó contra mi pecho.

— Espero que sí. Pero no hables de eso, Andrónico. Me da pánico.

No volvimos hablar. «Aquella noche tardé mucho en dormirme».